

Ética y prevención contra el SIDA

Debido a circunstancias políticas o sociales, lamentablemente, es frecuente el fallo ético de manipular o interpretar sesgadamente el resultado de un análisis científico sobre un determinado tema. Pero este pecado ético es más grave aún cuando el objeto de estudio es el SIDA, la plaga de los siglos XX y XXI, que está diezmado a todo el continente africano y que afecta, seria y negativamente, al desarrollo económico mundial.

Ante una catástrofe sanitaria similar no valen argumentos atenuantes, hay que considerar el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida como una gravísima enfermedad que exige acciones preventivas rigurosas con la finalidad de frenar su proliferación y extensión con las mayores garantías de seguridad.

En la vida todos estamos expuestos a riesgos pero, afortunadamente, la ciencia y la técnica modernas han permitido reducir este riesgo desarrollando metodologías y protocolos que han permitido imponer medidas de seguridad. Basta recordar como, hace cincuenta años, el caso de la Talidomida modificó de forma radical los protocolos de seguridad para exigir el registro de un nuevo fármaco. La seguridad y prevención frente a cualquier riesgo es uno de los principales indicadores de calidad de una sociedad. En consecuencia, toda política de prevención frente al SIDA debe basarse en un serio y riguroso análisis sobre qué se entiende por exposición a un riesgo tan grave y como evitarlo.

Los especialistas dicen que exposición a un riesgo es la realización de una acción que puede provocar un accidente o siniestro. La medida del riesgo que comporta esta acción depende del producto de dos grandes factores básicos: la frecuencia con la que el sujeto expuesto al riesgo es víctima del accidente, y la magnitud del siniestro, expresado numéricamente, por su coste en dólares, euros o número de fallecidos. Pueden darse graves riesgos por su frecuencia, como son los accidentes de automóvil, y riesgos también graves por la magnitud de los daños, como son los accidentes de aviación.

■
*Toda política de prevención
 frente al SIDA
 ha de basarse en un
 serio y riguroso análisis
 sobre qué se entiende
 por exposición
 a un riesgo tan grave
 y cómo evitarlo.*
 ■

Cuando los daños son intrínsecamente muy graves, como los de la navegación aérea, la prevención debe focalizarse esencialmente en reducir la frecuencia. De ahí los grandes esfuerzos en el riguroso control del tráfico aéreo y en las revisiones técnicas de los aviones; con estas medidas se persigue reducir la frecuencia de los accidentes al mínimo. Todas las medidas de seguridad, con las que nos instruyen las azafatas cuanto iniciamos un vuelo, intentan disminuir la gravedad del accidente si éste llegara a producirse, probabilidad

muy baja, afortunadamente. Si la frecuencia fuera cero, el riesgo sería matemáticamente nulo, pero la experiencia nos indica que, por desgracia, no es así. Es necesario tener presente que, en el ejemplo comentado, las acciones primordiales y fundamentales son todas aquellas destinadas a reducir la frecuencia.

En la vida personal también podemos realizar acciones individuales que nos exponen a un riesgo personal. Uno de ellos es el coito ocasional que, antes de los años ochenta, implicaba riesgo de un embarazo no deseado y del contagio de enfermedades venéreas. En este caso, el riesgo también se expresaría mediante el producto de la frecuencia de coitos ocasionales por una cierta unidad de tiempo y por la gravedad de la consecuencia. Sin embargo, al aparecer el SIDA y al conocerse que una de las vías de contagio más habituales es la relación sexual, el segundo término de la expresión del riesgo aumenta enormemente, pues la consecuencia de ser seropositivo es la muerte a medio plazo, después de un proceso clínico de gran sufrimiento y de un coste elevadísimo para la sanidad pública.

El preservativo -descubierto hace muchos años- fue una media solución, para evitar embarazos no deseados y contagios. No obstante, a pesar de la calidad de los materiales usados actualmente y de la mejora en el proceso de fabricación de los preservativos, no es posible garantizar un grado de seguridad total para el nivel de riesgo que se asume con el coito oca-

sional, una vez aparecido el SIDA y con la extensión, casi pandémica, que tiene especialmente en algunos países.

Por lo tanto, elevar a categoría de solución preventiva el uso del preservativo frente al SIDA, no es aceptable como resultado del análisis moderno del riesgo asociado al coito ocasional. Debe tenerse en cuenta que, en ningún caso, puede darse una garantía total sobre el uso del preservativo a pesar de las garantías de calidad que se limitan a su fabricación. Todos sabemos que en el uso del preservativo, en el momento del coito, son tantos los factores que influyen, que no es posible dar una garantía total sobre su uso como preventivo de contagio.

■
Más de la mitad de las personas infectadas por el SIDA no lo descubren hasta bastantes años después del contagio, cuando ya hay manifestaciones de la enfermedad.
■

No tardaremos muchos años en ver denuncias y pleitos, similares a los que actualmente padecen los fabricantes de tabaco, contra los fabricantes de preservativos, y contra algunos de los que recomiendan su uso. Dejando al margen las posibles consideraciones legales o de responsabilidad jurídica, si considero que, en uno y otro caso, se comete una grave falta ética, pues a pesar de conocer la verdad y realidad del riesgo no se explica y divulga correctamente.

Agravando esta situación, las estadísticas nos demuestran que más de la mitad de las personas infectadas por el SIDA no lo descubren hasta bastantes años después

del contagio, cuando ya hay manifestaciones de la enfermedad, habiendo perdido un tiempo precioso en el tratamiento que hubiera permitido reforzar el sistema inmunológico y retrasar o incluso frenar el virus. Recientemente han salido en la prensa, a raíz de la campaña en Cataluña del «Día de la Prueba», con el fin de promover los análisis de detección precoz del SIDA entre la población, manifestaciones referentes a la poca conciencia que hay entre los ciudadanos de este riesgo. Incluso muchos de los que se habían hecho el análisis, con resultado negativo, afirmaban no haber cambiado ni revisado sus hábitos sexuales o conductas de riesgo. El problema es tan importante que las autoridades sanitarias recomiendan hacer esta analítica no sólo a las personas que hayan tenido relaciones sexuales con parejas, de las que desconocían si podían estar infectadas, sino también a todos aquellos que hubieran padecido cualquier enfermedad de transmisión sexual, e incluso parejas estables que no utilicen o quieran dejar de utilizar el preservativo.

Quisiera ir un poco más allá en el análisis de esta cuestión, pues creo que resulta imprescindible profundizar en las causas que, en la sociedad actual, estimulan permanentemente el desarrollo de los instintos más primarios y la promiscuidad sexual, aumentando así la frecuencia del riesgo, especialmente entre adolescentes y también adultos, como demuestran las cifras. Entre las causas de este fenómeno, y más concretamente respecto a los adolescentes, indicaría la falta de formación-educación en sexualidad, que deseablemente debería ir más allá de lo

que es estrictamente higiene sanitaria, entrando en una reflexión sobre los valores de la persona, que tienda a favorecer conductas más responsables y, al mismo tiempo, saludables.

Sobre esta materia puede tener un papel importante la escuela y los profesionales que trabajan con los jóvenes, pero no podemos olvidar la responsabilidad de los padres, aunque ello les suponga un esfuerzo adicional para documentarse y encontrar las mejores formas y momentos para poder prevenir a sus hijos de tan elevados riesgos. Sin embargo, a esta formación no contribuyen nada los estereotipos de nuestra sociedad actual, reforzados por mensajes de ciertos medios de comunicación que tienden a banalizar todo lo que hace referencia a las relaciones sexuales hasta convertir las en producto de intercambio.

■
Resulta imprescindible profundizar en las causas que estimulan la promiscuidad sexual, aumentando el riesgo, especialmente, entre adolescentes.
■

Entre todos, ciudadanos padres de familia, políticos, jóvenes, pedagogos, profesionales de la salud... deberíamos tomar conciencia de que queda mucho por hacer para incrementar el grado de responsabilidad sobre todas estas cuestiones, especialmente en aquellos que son el futuro de nuestra sociedad.

MIQUEL GASSIOT I MATAS

PROFESOR CATEDRÁTICO DEL
INSTITUT QUÍMIC DE SARRIÀ
UNIVERSITAT RAMON LLULL